



**Antología del cuento breve y oculto**, de Raúl Brasca y Luis Chitarroni (compiladores). Buenos Aires: Suramericana, 2001. **Dos veces cuento. Antología de microrrelatos**. Joseluis González, (editor). Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, 1999. **Relatos vertiginosos. Antología de cuentos mínimos**. Lauro Zavala (compilador). México: Alfaguara, 2000.

Los minicuentos, microrrelatos, minificciones, microcuentos o ficciones mínimas (como se quiera o puedan llamar) son ya un subgénero literario perfectamente apreciado. A pesar de las distinciones teóricas que lo clasifican y caracterizan, su rasgo más reconocible es la brevedad. Es más, aunque son llamados proteicos, debemos reconocer que su origen puede ser cualquiera. El mejor que he leído últimamente dice: “Creo en la vida antes de la muerte” y a pesar de su perfección formal no es un texto literario en sí, sino el slogan de una organización caritativa británica. El interés por estas formas narrativas ha tenido un gran auge en los últimos años. Muestra de ello son estas tres excelentes antologías que vienen de Argentina, España y México. Sus autores no sólo compilan los minicuentos ajenos sino que también escriben los propios y se han ocupado del minicuento durante años, aunque en distintas instancias.

Lauro Zavala, profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, ha escrito muchos artículos críticos sobre el fenómeno de la ficción breve latinoamericana, además de organizar el *Primer Simposio Internacional de Minificción* en 1998 en México. Su antología *Relatos Vertiginosos*, reúne cuentos breves escogidos de algunos autores latinoamericanos (Eduardo Galeano, Juan José Arreola, Augusto Monterroso, Ana María Shúa, Luisa Valenzuela, Felipe Garrido, Manuel Mejía Valera y Luis Britto García). Acto seguido recoge distintos cuentos breves clasificados por temas (Universos, Historias de amor, Retratos, Sirenas, Dinosaurios, Cuentos sobre cuentos). Esta división clasificatoria permite conocer más profundamente la obra de algunos minicuentistas latinoamericanos y, al mismo tiempo, algunos de los focos temáticos del subgénero. En la sección “El dinosaurio” se hace homenaje al dinosaurio

de Monterroso, no el primero pero sí el más conocido de los cuentos mínimos. Allí se nos informa que a pesar de las propuestas para adaptarlo al cine o convertirlo en ópera, su autor insiste en que lo dejen como novela. En esta tónica, Pablo Urbanyi le da la vuelta a la narración: “Cuando despertó, suspiró aliviado: el dinosaurio ya no estaba allí,” Marcelo Báez escribe una “Indigna continuación de un cuento de Monterroso” en el que es el dinosaurio el que despierta y el hombre el que se ha ido, y José de la Colina lo utiliza como sarcasmo: “Le pregunté a la culta dama si conocía el cuento de Augusto Monterroso titulado ‘El dinosaurio’—Ah, es una delicia—me respondió—, ya estoy leyéndolo.”

En el prólogo del volumen, Zavala hace una muy interesante exposición para los que se acercan por primera vez a esta forma narrativa, en la que explica sus características y contesta a las más comunes preguntas que se suelen hacer sobre él, además de explicar los criterios de la muestra. Aunque insiste en que la antología está dirigida a jóvenes lectores, no deja de hacer una clasificación para iniciados y explica las diferencias entre minicuentos, microrrelatos y minificciones híbridas. A esta introducción se agrega la deliciosa “Minibiografía del minicuento” de Oscar de la Borbolla. En este excelente texto, Borbolla nos cuenta su iniciación al minicuento cuando lee las lápidas en los cementerios: “El mejor minicuento que he leído está en una lápida del Panteón Jardín: consta de una sola palabra, pero es una palabra que resume la vida de varios personajes, que muestra la pasión, los disgustos, los desgarramientos, la traición, los celos, la decepción, la rabia. Sobre una piedra negra puede leerse esta hondísima historia: ‘Desgraciada’ .”

Joseluís González, director de la revista *Lucanor* y especialista en el cuento español contemporáneo, es el editor de *Dos veces cuento* y hace esta antología, según afirma, para ser usada como “eficaz instrumento pedagógico,” lo que se redondea con un prólogo del eminente Enrique Anderson Imbert. Sin embargo, esta antología es, también o sobre todo, un instrumento lúdico, como se demuestra en el prólogo (autobiográfico, crítico y agradecido) y también en la presentación de cada autor, que sirve como excusa para escribir o recordar otros tantos microrrelatos; por no mencionar el minicuento escondido en los márgenes de las páginas y que espera que alguien lo descubra y lo desentrañe. Para González, los minicuentos pueden encontrarse “enmascarados y eclipsados por obras de extensión mayor,” por lo que muchos de los textos que escoge son fragmentos de otras obras mayores pero que tienen fuerza, redondez y calidad narrativa en sí mismos, como el de Gabriel García Márquez, donde se cuenta

[...] el drama del desencantado que se arrojó a la calle desde el décimo piso, y a medida que caía iba viendo a través de las ventanas la intimidad de sus vecinos, las pequeñas tragedias domésticas, los amores furtivos, los breves instantes de felicidad, cuyas noticias no habían llegado nunca hasta la escalera común, de modo que en el instante de reventarse contra el pavimento de la calle había cambiado por completo su concepción del mundo, y había llegado a la conclusión de que aquella vida que abandonaba para siempre por la puerta falsa valía la pena de ser vivida.

En la selección, junto a los grandes nombres del minicuento latinoamericano—Anderson Imbert, Elizondo, Denevi, Torri—se encuentren otros de la literatura universal:

Kafka, Tagore, los hermanos Grimm, Petronio, Zavattini y los textos de españoles clásicos (Valera, Aub) junto a los de españoles menos conocidos pero tremendamente valiosos. Estos nombres, desconocidos para mí (cosa sólo atribuible a mi ignorancia) constituyeron uno de los grandes descubrimientos de esta antología: escritores españoles nacidos en el 19 o el 25, falangistas que escribían bien a pesar de su condición de tales, republicanos que tenían que cambiar su nombre por razones ya conocidas, narradores de las novísimas generaciones. Es así como los nombres de Escudero, Campos, Ramírez Lozano, Panero hijo, Pedraza o Muñoz, entre muchos otros, conforman un nuevo panorama de textos distintos, afines y muy atractivos.

El narrador argentino Raúl Brasca es ya un veterano en las antologías de minicuentos, a él debemos *Dos veces buenos* y *Dos veces buenos 2*. Chitarroni, además de escritor, ha hecho (otra vez junto a Brasca) varias compilaciones. La *Antología del cuento breve y oculto* de Brasca y Chitarroni está hecha con la intención de ser distinta y opuesta a otros catálogos sobre el tema; es por eso que se dedica a las mezclas heterogéneas, sin parar mientes en clasificaciones ni géneros. El resultado es delicioso, ya que cada uno de los cuentos (textos, fragmentos, poemas, lo que sea) es una sorpresa en sí misma. Al pasar cada página no se sabe qué se va a encontrar, de qué nacionalidad será el autor, si será un fragmento de una novela conocida (ya sea de Proust, Sawyer, Joyce, Nabokov, Salinger), un cuento conocido de alguno de los grandes (Borges, Bioy, Piñera, Felisberto Hernández), un cuento desconocido de alguien conocido o un desconocido de otro desconocido (la destreza narrativa de Doña Petrona para establecer relaciones entre los buenos modales, las implicaciones de trinchar un ave y la tensión nerviosa, es de aplaudir), un poema (chino, de Edward Lee Masters o Yeats), algunos poemas en prosa de Vallejo (“Mi madre me ajusta el cuello del abrigo, no porque empieza a nevar sino para que empiece a nevar”), una obra de teatro irlandesa o textos posiblemente no traducidos anteriormente al español, como los de Nigel Ferneyhough, Peter Greenaway, Tom Stoppard. A esto se suman afirmaciones de Salvador Elizondo (“La mariposa es un animal instantáneo inventado por los chinos”), una explicación filosófica de Bertrand Russell o un texto de Cage. Esta maravillosa mezcla convierte a esta antología en un agradabilísimo catálogo de obras, autores, personajes, tendencias y sorpresas. El breve prólogo y la ausencia de introducción a los autores ratifican el interés en un libro que sea leído sin pausas, pasando de uno a otro asunto, pero conservando la unidad que proporcionan ciertos temas ocultos y oscuros, pero no de manera evidente.

Las antologías de Zavala, González y Brasca y Chitarroni confirman no sólo que el minicuento y sus cultores gozan de buena salud, sino también que cada aproximación puede ser totalmente diferente, absolutamente válida y radicalmente enriquecedora. Pero sobre todo que la literatura, más que cuestión de género es asunto de disfrute. Estas antologías, a la larga, son una manera de dar a conocer lecturas amadas. Lo que nos queda es agradecer que compartan con nosotros textos tan placenteros.

VIOLETA ROJO  
*Universidad Simón Bolívar*